"NAVIDAD DE CARACAS" Y OTROS POEMAS

POR

LEOPOLDO PANERO

NAVIDAD DE CARACAS

A Manuel Felipe Rugeles.

Camino acompañado por el Avila,
fundiéndome con él en la penumbra
de su luz ladeada: de sus valles
como el silbo de un mirlo.
Voy abriendo
la ignorancia feliz de la montaña,
y el aire puro, el sorprendido roce
de la hierba y el agua.
Monte arriba,
empañado de aromas solitarios,
sueño que subo a la velada cumbre,
y hundo mi corazón en la espesura
diáfana de la noche: de esta noche,
santa, que guardo en mí, que dentro llevo,
que dentro me ilumina, aunque ande sola
mi alma en la soledad del monte oscuro,
lejos, ¿pero estoy lejos?, de los míos.

Las alas, los afectos de la vida,
la dulce libertad del alma toda,
llevan mi ser, como en süave vuelo,
como el olor de la retama el humo
de la hoguera, lo mismo que la música
del tendido pinar, en torno al recio
cinturón de montañas que rodea
esta noche a Caracas: esta noche
mandataria de Dios, allá nevada
entre yertas encinas, y aquí tibia,
sumida en la pisada, verdiárea,
límpidamente santa: rumorosa

de muchas navidades con las puertas
abiertas al sigilo de los Andes.

¡Rumorosa y silente, al mismo tiempo,
de muchas navidades que congregan
gentes de todo el mundo, con cantares
de todo el mundo, al pie de los pesebres
alucinados, respirados, tibios:
cálidos como el hueco que la oveja
deja de madrugada en el rastrojo!

Son gentes que han venido, que han doblado
la vida en dos, definitivamente,
como un papel sagrado que se guarda
en el bolsillo mucho tiempo, junto
al íntimo calor, pegado al suave
muro del corazón, y que, al sacarlo
un día de repente, ya está roto.

Tienen la fe del Avila en el Avila.
Dan el pecho a la vida como pueden
y buscan el cobijo de este monte
coronado de ráfagas de árboles,
por donde el agua virgen rumorea
el diálogo perpetuo con la sombra.
Ellos, fundidos a la nueva patria,
reunidos a las grietas de los Andes,
agarrados de ellas como ovejas
tenaces, reünidos a los pozos,
mezclados a los surcos recién hechos,
levantarán, Manuel Felipe, un día,
la tierra en esperanza que tú sueñas:
la tierra de Bolívar toda junta.

Pero esta noche nacedora y virgen,
al compás de su pecho, están cantando
comarcas invisibles de la tierra:
invisibles comarcas, lagos, pueblos
con abetos mojados o con ricos
olivos nobleañosos; y convocan
desde su corazón sitios y fechas
ahogados hace mucho.
Si te fijas,

llevan una medalla de impalpable
metal, que está royéndoles el pecho,
gastándoles la piel del alma viva,
fundiéndose con ellos desde niños,
igual que esas raíces que se meten
debajo de las tapias de los huertos.

Al volver la mirada a todas partes,
dentro del corazón: en la palabra,
en el vuelo interior de la palabra
que lleva a todas partes, pienso en ellos;
y en esta noche de bonanza fuerte
que sacude la tierra silenciosa
igual que una oleada subterránea,
pienso en su corazón absuelto en risa
por encima del Avila y del mundo.
... Sueño que subo a ver, que trepo el río
hasta la luz del manantial, que asciendo
llevado por mi anhelo, en esta noche.

La ciudad a mis plantas se derrama
como la muerta lumbre de una hoguera
movida por un viento no visible:
el ruido y el silencio son iguales
desde arriba, en el vaho de las cumbres.
Los hogares ascienden y descienden
por las frescas laderas que entrelazan
la callada ciudad.
Se oye un riachuelo,
que puede ser el Guaire o el de alguna
remota aldea de movidos álamos,
casi en León: el corazón no sabe.
No sabe, y yo estoy libre sobre el Avila,
presenciando el misterio sin techumbres
en esta santa noche de unión íntima.

Entre esa masa humana que se acuna
a sí misma cantando, tengo amigos
de aquí y de allá, y el monte les abraza,
les acuna también con son silente:
con apagada música de estrellas.

... Faustina, mi sirvienta de otros días,
con su risa leal, y que no sabe
que yo la estoy mirando, acompañándola,
oyéndola reír, porque era buena,
y la bondad es fiel y no se extingue.
Luego Justino con sus hijos juntos,
también al pie del Avila, recrece
(lección de surco arado es todo hombre)
su vivir en América.
Y Sotillo,
y Cedillo, poblando sus hogares
de intimidad radiante, y Duno, y Mario,
y Manolo Valdés, y Héctor Guillermo,
y Luis y Rosselló, bajo la indómita
majestad de estos picos celestiales,
sonríen sus palabras, sueñan, cantan.

A todos se les oye cómo cantan,
cómo acunan un niño, cómo cantan,
cómo cantan, Dios mío, cómo cantan,
al pie de esta montaña donde sólo
se escucha el resonar del agua rota
y el unido sigilo de los árboles.

Lección de surco arado es todo hombre:
Aparicio, Rossón, Gervasi y Lira,
y todos hacia adentro de ellos cantan,
pegados al botón de sus raíces,
como la alondra con su nido en tierra
esconde en el trigal su fiebre pura.

Y todos hacia adentro de ellos mismos,
cual túneles abiertos por la vida,
unidamente cantan, lloran, cantan,
sus cárceles deslíen mientras cantan,
y acompañado el corazón se siente
de aladas magnitudes, y mecido
por la sustancia universal que ríe
desde abajo hacia arriba, en esta noche
que es un vaso de agua aquí en la cumbre,
que es un niño cogido de la mano,
que es una misma voz, Manuel Felipe,

para todos los hombres.
Para todos
también es la palabra cuando canta
de verdad en el pecho, y les reúne,
a todos les reúne, les congrega,
como junta Caracas a las gentes
que vienen hacia ella desde el último
rincón de la pobreza, convirtiéndolas
en moradoras de una fe.
... Por eso,
fundada sobre huesos españoles,
gloriosamente abierta por Bolívar,
pero hecha sobre todo por el canto
de sus generaciones, día a día,
Caracas es su propio nacimiento,
su propia navidad, y desde el Avila,
como infantil pesebre de los Andes,
se la ve reflejada hacia el futuro
y acunada por él.
Allá en el fondo
de la extasiada cuenca montañosa,
bullidora en silencio desde arriba,
parpadeante, nítida, se tiende,
entre el gris y el verdor de los ribazos,
la respirada cuna.
¡Y cómo cantan,
cómo cantan en ella, sobre ella,
en esta noche nacedora y virgen,
los árboles del Avila, los árboles
resbalados del Avila, las cimas!

Como un sollozo despeñado, el Guaire
cae en mi corazón, y su agua sorda
arrastra mocedades de los siglos,
noticias de mil pájaros, y briznas
de tanta levedad como la mano
de un niño, o como el beso en duermevela
que su madre le da sobre la frente
al mirarle en la cuna.
En esta noche,
paseando el corazón, lavando el alma
sobre la faz del Avila desnudo,

Manuel Felipe, con mi hogar a cuestas,
me acogiste en el tuyo, como se abre
simplemente una mano; y vi tu infancia,
continuada en la niñez de otro,
reída, como un eco propagado
por cima de los montes, en la brisa
que roza las estrellas de las cumbres.

Medularmente viva, la madera
de nuestra dulce siempre primer cuna
ahora está en nuestros huesos, la llevamos,
chirría por las noches a menudo,
asoma a nuestros párpados de leche,
nos mece en soledad.
Como tú sabes,
como tú sabes bien, Manuel Felipe,
niñez continuada es sólo el hombre.
Todos los niños juntos de la tierra
un solo corazón forman ahora,
y cantan, se les oye, escucha, escucha.
Pueden más que los Andes: son más fuertes.

También mi corazón está cantando
como un niño perdido que se asoma
al umbral de una puerta espejeante,
de una infinita puerta espejeante,
de un infinito hogar espejeante
que pone en relación todas las cosas
y que ata dulcemente las distancias
igual que las campanas de los pueblos.

Ahora estará rozando espesamente
la nieve, el sobrehaz de la llanura,
contra adobe y adobe, surco y surco;
y también desde el Avila contemplo,
en pura vecindad con las estrellas,
las oscuras murallas invadidas,
y el humo de la hiedra entre unas tapias
que yo recuerdo bien. Parece casi
que voy a entrar allí, diciendo nombres
que yo recuerdo bien.
Manuel Felipe,

lo mismo que esas cosas de que hablo
por encima del Avila, y de otras
que imploran aún mudez y no palabra
dentro del corazón, césped reciente;
lo mismo, digo: en la unidad del beso,
en el húmedo sitio de la risa,
en el panal del tiempo, en el que iunta
tristeza y alegría en una nota,
en una sola vibración viviente,
en un aroma indisoluble de alas
y de fechas oídas en los árboles;
lo mismo—te repito—que la música
de la indeleble hiedra cuando suena,
irá conmigo el Avila.
Conmigo,
lo llevaré conmigo confundiéndose,
fundiéndose a mis manos, de igual modo
que yo por sus caminos respiraba
el olor de las hojas, el susurro
del Guaire virginal, y el aleteo
de las piedras debajo de las aguas.

Sin esconder rincones, entregando
las sílabas veloces de la risa,
y el sordo, sordo llanto, en una sola,
en una vera navidad creyente,
la palabra del hombre es todo el hombre
y canta a puerta abierta cuando canta,
cuando sigue a los pájaros.
Conmigo,
lo llevaré conmigo en nacimiento
perpetuo de hermandad, donde el que debe
florece sus entrañas, y en fe viva,
en navidad perenne de fe viva,
se acompaña del mundo y no está solo.

NOCHEBUENA DEL AVILA

Con la sonrisa en la almohada
ellos estarán soñándome,
y yo soñando con ellos

en este Hotel de los Andes.
Los tres estarán ahora,
ilusos de navidades,
con la cabeza en la almohada
dormidos junto a su madre,
y al compás que hacen sus pechos
se entibia también mi sangre.
Juan Luis, Leopoldo María,
y José Moisés, y el aire
que ronda tras las ventanas
hará gemir los cristales,
por dentro turbios de vaho
y por fuera goteantes,
que oigo yo y ellos no oyen,
que yo sé y ellos no saben.

Con la mejilla en la almohada,
hundidos en tibio cauce,
metidos en su corriente
de agua, sobrenaturales,
me están dando aquí calor,
dando calor a mi carne
en este hogar viajero
de mi nochebuena errante.
Me están dando aquí penumbra
de amor, de casi besarles,
en el hueco de la almohada
donde mi noche se abre.
Frente a mí el Avila tiende
sus cumbres, bosques y valles,
que yo llevaré algún día
hechos visión entrañable
para ellos tres: para ellos
y que sus manos los palpen.
Les regalaré los picos
con niebla, y pondré a su alcance
las casitas de los cerros
y el sonido de los árboles.
Haremos un nacimiento
con el Avila, soñándole,
igual que yo sueño ahora
y escucho el soñar del Guaire.

¡Cuán limpias se oyen sus aguas,
que también van de viaje
como yo, rodando libres
bajo las estrellas, dándome
misteriosa compañía,
como de verso que nace!

¡Con la mejilla en la almohada,
cómo rueda, cómo late
mi corazón en silencio
y mi mano cómo arde!
Desde lejos esta noche
os sueña así vuestro padre,
Juan Luis, Leopoldo María,
y José Moisés (guardianes
de mi niñez en la tierra,
y a Dios, por niños, iguales),
en esta canción de cuna
que Él me pide que hoy le cante.

PALABRAS EN ACCIÓN DE GRACIAS

A Pedro Rosselló,
mi compañero de casi muerte.

Señor, yo te debía
esta canción bañada
de gratitud... Pudiste
—Tú siempre puedes, siempre—,
llevarme en una ráfaga
como se arranca un árbol
para quemarlo aun verde,
aun anhelante, aun húmedo
de tierra en las raíces.
No quisiste arrancarme.
Mas acaso quisiste
decirme, en amenaza
casi de profecía,
que siempre puedes, siempre,
llamar a tu presencia
repentina: talarme,

cortarme, hendirme ¿y dónde
levantarme de nuevo
para siempre? Tu aviso
de ceniza en mi carne,
dentro, Señor, me quema,
dentro, Señor. ¿Me escuchas?
Sé que me escuchas. Toma
mis palabras, y fuérzame
a cumplir la inocencia
que ahora mismo, cantando,
las abrasa y las une
en música y lenguaje
de gratitud eterna,
viviente, rediviva,
casi desde la muerte
rompiendo, casi húmedas
de tierra en las raíces.
Son tuyas, Señor: tómalas.

A LOS TRECE AÑOS

Para Isabel de Azcárate.

A los trece años
se llevan los ojos
bañados de risa,
la trenza en el hombro.
Fundidos al alma,
como agua de pozo,
pensativamente,
como el agua, locos,
los ojos que hoy tienes
mirarás en otros,
y verás en ellos
la vida hasta el fondo.
¡La luz de la vida!:
la luz con el poso
de la primavera
que va hacia el otoño,
con sus tallos verdes,
con su mies de oro.

Isabel de Azcárate:
¡la esperanza es todo!
A los trece años
se nace de pronto,
milagrosamente,
de nuevo a lo atónito:
al agua y la música
de un cielo recóndito;
al pálido anhelo,
y a estar ya más solos
con el pensamiento,
más dulces y hondos
con el pensamiento,
cual trémulo chopo
que busca en el agua
sendero y apoyo
por las tardes lentas
de abril rumoroso,
cuando el viento mueve
distancias de gozo
y juncos del río
con su largo soplo.

A la luz del Avila,
que es la luz que tomo
ahora en mis pupilas
como el vaso al chorro,
te miro y te veo
transida de asombro,
aún niña por dentro,
aún niña y arroyo,
con agua que ríe,
que salta en mil hoyos,
que cae de la cumbre
sonando hacia otro
lugar, no sé adónde;
no lo sé tampoco.
Andando la vida,
lo que luego somos,
primero lo fuimos
vestidos de corto:
guardada inocencia

que duerme en nosotros
cual tuétano amargo,
cual limpio depósito.
Isabel de Azcárate:
la esperanza es poco
a poco, en la vida,
su único tesoro.
A los trece años,
la luz en el rostro,
la espuma en las manos,
¡los ojos, los ojos!...

COMO NINGUNA COSA

Felicidad: tu nombre me acompaña
como ninguna cosa. En esta vida
el que no aprende a amar de sí se olvida,
y a sí propio se ignora hasta la entraña.

No se conoce bien quien no se baña
dentro de otra mirada: en ella hundida
el alma, como cárcel desleída,
como luz asomada de montaña.

Felicidad, Felicidad: ahora,
desde lejos de ti, qué en ti me veo,
cuánto en tu corazón descanso y ando;

tu nombre me acompaña, se me dora
tu cabeza en mi pecho, y casi creo
que no es sombra tu sombra, ¡oh nido blando!

COMPLETA JUVENTUD

Quiero una nueva juventud ahora,
una serena juventud radiante,
vivida no al minuto, no al instante,
sino andada, y paseada, y que se dora

(lejos ya para siempre de la aurora)
como el sol al caer en la distante
montaña: acompañando al caminante
con inmensa visión renunciadora.

Quiero una nueva juventud te digo
—la verdadera juventud acaso,
la que el alma hacia Dios rejuvenece—,

Felicidad, para volver contigo
a ser joven completo, paso a paso,
en la honda primavera que florece.

VISIÓN DE ASTORGA

Para morir despacio, desleído
el corazón, tras la tenaz batalla,
en el descanso entero que se halla,
después, Felicidad, de haber vivido;

para morir despacio, vuelto al nido
lejanamente fiel, y a la muralla
que entibia el sol de invierno y que detalla
el ramaje del campo aterecido;

para morir contigo cada día,
Felicidad, te quiero. ¡Oh insondable
pasión de la vejez en largo sueño!

Desligados del mundo en lejanía,
tus ojos en mis ojos, que nos hable
la palabra a los dos del solo dueño.

Leopoldo Panero.
Ibiza, 35.
MADRID.